

ERNESTO CARDENAL: EL PERSEGUIDO DE DIOS

LUIS ALBERTO AMBROGGIO¹

Ernesto Cardenal Martínez nació en Granada (Nicaragua), el 20 de enero de 1925 y falleció en Managua, el domingo 1 de marzo de 2020 a las 15:10 hora local, conforme lo informó a la prensa Luz Marina Acosta, su ángel de la guarda, su asistente personal, siempre a su lado: “Nuestro amado poeta ha emprendido su proceso de integración al Universo, con la mayor intimidad con Dios”. Cardenal, sacerdote, poeta, escultor, rebelde y solidario, ha sido una figura icónica de Nicaragua por su liderazgo en la vida política y cultural de ese país en las últimas cinco décadas, y su obra ha sido reconocida con numerosos galardones, entre ellos el Premio Reina Sofía. Integró la Generación del 40 junto con los poetas Ernesto Mejía Sánchez y Carlos Martínez Rivas –cuyo escaso reconocimiento él lamentaba. Fue Ministro de Cultura entre los años 1979 y 1988 y codirector de la Casa de los Tres Mundos, la organización literaria y cultural de Granada que, entre otras cosas, nos cobijaba en los Festivales Internacionales de Poesía de esa fabulosa ciudad.

Habiendo accedido a mi invitación, tengo el privilegio de que me acompañen en este homenaje: el destacado crítico literario, poeta y antologador Julio Valle-Castillo con sus poemas y su ensayo sobre

¹ ANLE, ASALE y RAE. Escritor, ensayista, poeta y promotor cultural argentino-estadounidense. Su extensa obra, que comprende diversos géneros, desde la poesía y la ficción narrativa hasta el ensayo sobre temas vinculados al bilingüismo y la identidad, la literatura hispanoamericana y la poesía en lengua española escrita en los EE.UU., ha sido traducida a varios idiomas. <https://www.anle.us/nuestra-academia/miembros/academicos-de-numero/luis-alberto-ambroggio/>

la obra de Cardenal, que el mismo poeta calificaba como el mejor trabajo sobre su obra; la internacionalmente reconocida poeta Daisy Zamora, compañera de Cardenal en su lucha contra la dictadura de Somoza y Viceministra de Cultura, y Arnulfo Agüero, distinguido periodista nicaragüense, especializado en la cultura y la literatura de Nicaragua, que aquí documenta un aspecto no tan conocido de Ernesto Cardenal, su entrega artística como escultor. En mis notas de crónica lunática, como homenaje testimonial, reflejaré conversaciones que mantuvimos a lo largo de los años; recuerdos, sus textos y declaraciones, anécdotas nostálgicas de momentos inolvidables. Curiosamente, Ernesto Cardenal era primo de Julio Cardenal, el arquitecto que diseñó la hermosa casa de mis suegros y su familia en el barrio de Sajonia, destruida (como gran parte de Managua) por el terremoto del año 1972.

He leído varias veces la autobiografía que me regalara personalmente en su oficina del Centro de Escritores Nicaragüense y me dedicara con un abrazo fraterno, *La vida perdida*. Me ha impactado siempre la fuerza de su poema “Epigrama” (“porque yo podré/ amar a otras/ como te amaba a ti, / pero a tí nadie te amará / como te amaba yo”), la pasión transformante de la “Oración por Marilyn Monroe” y la presencia repetida de amadas, como Adelita, Myriam, Ileana, Claudia, Virginia, Carmen; “muchachas en flor”, enamoramientos que experimentaba a la luz de los consejos de Coronel Urtrecho y las teorías de Stendhal. Cuando recitaba yo al frente de la Iglesia de la Merced, veía a mi mano izquierda la torre donde se juntaban los poetas de la vanguardia nicaragüense, entre muchos, Joaquín Pasos, Pablo Antonio Cuadra, y al frente, estaba la casa de Carmen, la Nena, su gran amor, su última novia, como lo registra en *El cuaderno de Carmen*, en *Carmen y otros poemas* y en su autobiografía. Siempre me pregunté –y lo conversamos con Ernesto– qué papel jugó el amor en su vida y en su obra, cómo armonizaban su pasión erótica sinceramente vertida en sus versos y su vida sacerdotal de monasterio, y Ernesto en su respuesta me insistía en ese continuo andar romántico el hecho de que Dios lo perseguía y él perseguía a las muchachas; pero al final triunfó su entrega a Dios. Sentía en sus palabras la humanización del amor divino y la divinización del amor humano, incluidos los pecados (“Dios me quitó las putas en París”), con ecos de San Juan de la Cruz.

Volviendo atrás y a otro asunto, recuerdo su entusiasmo en nuestro primer encuentro en el Ministerio de Cultura, a principios de

los '80, enamorado y dedicado a los ideales de una revolución social y a cambiar, enriquecer la cultura. Yo lo admiraba como uno de los representantes más cabales de la teología de la liberación, tema de mi tesis de maestría en la Universidad Católica de Washington D.C. a finales de los sesenta: “Análisis antropológico de las ideologías de la liberación de América Latina”, que encabezó una carta que recibiera del Obispo brasileño Elder Camera. Apelando a su experiencia, le preguntaba cuál era su fórmula para lograr el triunfo de una revolución que resultase en una humanidad más justa. Ernesto mantenía que las revoluciones genuinas acercan al reino de Dios. Me comentaba entonces que existían en la actualidad teólogos que sostenían que cuando Jesús utilizó la expresión de «reino de Dios», eso significaba lo mismo que para nosotros quiere decir hoy la palabra revolución; algo igualmente subversivo que lo llevó a la muerte. En nuestros intercambios más recientes afloraba su decepción por la situación actual del FSLN en el gobierno y ciertos aspectos de la revolución cubana. Hace unos años me contó Ernesto Cardenal que el expresidente de Uruguay, Mujica, le había confesado que recordar su poesía en la cárcel y en los peores momentos le había ayudado a continuar con su vida, algo que, viniendo de esta figura histórica –en sus palabras, un hombre humilde, cariñoso y tierno, que admiraba– le conmovió profundamente.

Tuve la dicha de compartir con Ernesto Cardenal un recital en Veracruz, y todos los actos que la Universidad Veracruzana de México organizó en honor suyo y de Eduardo Galeano, ambos galardonados con el título de Doctor Honoris Causa. Siempre he admirado en ambos la actitud crítica frente a las fallas del socialismo y de gobiernos que se llaman revolucionarios. Están las cartas en las que Ernesto Cardenal criticaba la deriva del régimen de Fidel Castro hacia el comunismo soviético. También su libro *En Cuba*, prohibido en la isla a pesar de la dedicatoria “al pueblo cubano y a Fidel”, en el que registró todo lo que vio durante su visita en 1970, los testimonios –positivos o negativos– de los ciudadanos cubanos sobre la revolución, y que acaba con una entrevista a Fidel. Pero me interesaba conocer de su propia boca, cuáles eran sus mayores decepciones y críticas concretas con respecto al socialismo y a los gobiernos que se llaman socialistas o revolucionarios, como el actual de Nicaragua, y otros. En respuesta a mi inquietud, Cardenal me contó que, en una ocasión, días después de asistir a la charla anual sobre la revolución que daba el propio Fidel,

tuvo una reunión con su amiga chilena marxista, Paz Espejo, profesora de filosofía en la Universidad de La Habana. En esa conversación en torno de la Iglesia y el papel de los cristianos dentro del proceso, Paz le había confesado que encontraba “en la Revolución los mismos defectos que en la Iglesia: clericalismo, fariseísmo, beatería”, para terminar definiendo al verdadero revolucionario, el que no se calla las críticas. Por ello Cardenal, “el poeta de la revolución nicaragüense”, se desligó en 1994 de la Revolución Sandista y de su gobierno por su corrupción y su transformación en una dictadura. Sus críticas le causaron el acoso y la persecución política y judicial, que llegó hasta su propio funeral en la Catedral, donde aliados del gobierno de los Ortega interrumpieron y profanaron la ceremonia fúnebre con sus gritos y manifestaciones.

Otro dilema en la vida de Ernesto Cardenal que me intrigaba, conmovía y provocaba a preguntarle en nuestros encuentros aislados era cómo ejercía su sacerdocio dentro de una iglesia que cuestionaba. Y me decía que el castigo público que significó la amonestación y censura del Papa Juan Pablo II no le afectaba en su relación sacerdotal con Dios y con el pueblo, puesto que para él la suspensión solo le prohibía administrar sacramentos, y su vocación no era ésa, sino predicar el Evangelio. Y por primera vez en la historia participaron sacerdotes en una revolución que nacía del pueblo, como un deber histórico; con esa actitud desobedecieron al Vaticano, pero siguieron las enseñanzas de Santo Tomás, conforme a la máxima autoridad que debe ser la propia conciencia, aún ante el peligro de la excomunión. Finalmente, como todos sabemos y festejamos, este “poeta, sacerdote y revolucionario”, como se autodefinía, fue absuelto de todas las censuras canónicas por el Papa Francisco en una carta personal que le escribió en febrero del año 2019. En las últimas páginas de su libro *La Revolución Perdida*, del año 2003, asegura que los revolucionarios que luchan por una causa justa, la causa invencible del amor, no se desilusionan con las derrotas y la corrupción de los gobernantes. Nos exhorta a que “pidamos a Dios que se haga su revolución en la tierra como en el cielo”.

Volviendo a la escritura, una vez le pregunté cuál fue el detonante que lo motivó a escribir. Me contó que una sirvienta de su casa, Berta, que también escribía poemas, le hablaba del poeta Alfonso Cortés y de Darío, cuando tenía unos siete u ocho años, despertando en él gran interés por la lectura. Escribió entonces sus primeros ver-

sos. Esta anécdota me confirmó aquello que escribió Pablo Antonio Cuadra, poeta de la vanguardia nicaragüense, en el prólogo de la *Antología* de Ernesto Cardenal de 1972: “De las dos fuentes nace un pueblo. A este pueblo se le conoce universalmente por dos figuras: Rubén Darío y Augusto César Sandino. De ahí que algunos digan que el nicaragüense es un poco poeta y un poco guerrillero. Es un decir que en el caso de Ernesto Cardenal cobra nueva fortuna. Se trata de un monje. Un monje absolutamente sorpresivo y peculiar: revolucionario y poeta.” Cuadra, a quien también tuve el gusto de conocer, era primo hermano, amigo y compañero de Cardenal, y lo recuerda “pequeñito, con un rostro de pájaro distraído, agudo e inquieto, sentado en una butaca, los pies sin tocar el suelo, leyendo totalmente abstraído del mundo, versos y versos sin parar.”

Y de ahí siempre llegábamos a la pregunta típica sobre quiénes eran sus poetas, sus lecturas favoritas, las que más habían influenciado su propia escritura. Sé que en su juventud romántica leía sin entender a Santa Teresa de Ávila, al contrario de lo que pasaba con sus lecturas de los poemas de San Juan de la Cruz. Darío al comienzo, y luego la poesía de Pablo Neruda, de la que le costó liberarse, según su propia confesión, además de muchas otras que salían a relucir en las diferentes charlas, como la poesía estadounidense: William Carlos William, el muy admirado Ezra Pound, los consejos, ejemplos y palabras de Thomas Merton, y un largo etcétera.

En Ernesto Cardenal siempre vi un ejemplo del valor sociopolítico de la poesía, en cuanto rebeldía y protesta pura ante el *Establishment*, inspiradora de la modificación del mundo para mejor, agente de cambio de la sociedad. Según Pablo Antonio Cuadra “de soñador nocturno, Ernesto pasó a ser un nombrador diurno, *exteriorista*, diáfano y –con frecuencia– épico”. Precisamente el exteriorismo es para Cardenal el modo de hacer poesía (“no *propaganda* política sino poesía *política*”), la definición de su poética y también el criterio con que realiza una antología de la poesía nicaragüense, donde anota: “El exteriorismo es la poesía objetiva: narrativa y anecdótica, hecha con los elementos de la vida real y con cosas concretas, con nombres propios y detalles precisos y datos exactos y cifras y hechos y dichos. En fin, es la poesía *impura*”. A mi pregunta de si entendía la poesía como instrumento revolucionario, contestaba sin tapujos que indudablemente lo era porque, en sus palabras, “todo arte es revolucionario aun cuando no trate de asuntos sociales. Como la poesía de los grandes profe-

tas de la Biblia: Isaías, Jeremías, etcétera. Todos ellos denunciaban la injusticia y anunciaban un sistema nuevo. La poesía es un mensaje de denuncia y de amor. Esta fue mi vocación natural. La primera, porque la religiosa fue tardía. Vino después de los 30 años. Y a la revolución llegué aún más tarde”.

Tengo el honor y el gusto de pertenecer a la Red de Escritores por la Tierra, de la que Ernesto Cardenal fue presidente honorario y como tal, junto con Ángel Suarez, su fundador, realizaban encuentros y otras actividades en las que participé, orientadas a fomentar el compromiso de los poetas y la conciencia de su capacidad de ejercer una influencia específica y positiva, a través de sus escritos y su acción, en favor del respeto por la madre tierra, las políticas ecológicas y la lucha por el cuidado del medio ambiente. De hecho, llevamos a cabo en Nicaragua varios encuentros de escritores en defensa de la tierra y la ecología, en alguno de los cuales participé junto con activistas sociales, periodistas, científicos, escritores, teólogos. Por Ernesto supe que, en uno de esos Congresos, el gobierno de Nicaragua no les permitió el transporte a Solentiname, y dado que los transportes en helicópteros fueron imposibles de pagar, las reuniones debieron llevarse a cabo en Granada.

Desde mi primer encuentro con la poesía de Cardenal me fascinó su *Cántico cósmico*. Más allá de las influencias de Darwin o del inglés William Paley con su teología natural, me carcomió la curiosidad por saber qué fue lo que provocó la intensidad de sus reflexiones cosmogónicas, profundamente poéticas, en este poemario como así también en algunos de sus poemas más recientes. Después supe que desde muy joven había tenido interés por la ciencia, y luego por hacer poesía sobre la creación utilizando el lenguaje científico, no con el lenguaje de los mitos bíblicos, sino con de los descubrimientos más recientes. Según Ernesto, ya en la época de los *Salmos* y otros poemas juveniles estaba en él la poesía científica. Y después, leyendo más, documentándose más, fue ampliando esa vena poética. Se sentía “poeta de la ciencia”, si se puede decir así. La poesía y la ciencia ya estaban desde el principio, en Dios. En las cuarenta y tres cantigas del *Cántico Cósmico*, Cardenal mezcla diferentes discursos (ciencia, mito, historia, memoria –incluso de sus amores–, mecánica cuántica, evolución de la materia hacia el espíritu: un enfoque cercano a Teilhard de Chardin) y ciertas aproximaciones macrotextuales al estilo de los estadounidenses Ezra Pound y Elliot. No encontraba conflicto en-

tre la explicación científica y su cristianismo. Compatibilizaba la fe con la ciencia, que para él, según afirmaba, eran lo mismo. De hecho, escribió “No hay ningún conflicto porque la ciencia es la explicación de la creación, la creación es poema y el creador es poeta. Poema es creación en griego y San Pablo llama a la creación de Dios ‘poiema’, como un poema de Homero.”

Con respecto a los poetas de la Vanguardia Nicaragüense, le preguntaba si podía compartir conmigo algunas de las anécdotas y características más relevantes de su relación con Joaquín Pasos, Coronel Urtrecho, Pablo Antonio Cuadra, Carlos Martínez Rivas y otros. En general era reservado al hablar sobre ellos en tanto poetas, pues la familiaridad que mantenía con algunos le prevenía ser imparcial. En la autobiografía que me regaló, su tío y mentor literario desde sus 17 años, Coronel Urtrecho, está continuamente presente. Apreciaba mucho la poesía de Joaquín Pasos, Carlos Martínez Rivas y Pablo Antonio Cuadra, uno de los pocos intelectuales importantes que no se involucró en la Revolución, a quien quería como hermano a pesar de distanciarse, a veces.

Al preguntarle a Ernesto cómo describiría la relación que tuvo con esa polifacética e interesantísima persona que fue Thomas Merton, y su influencia como mentor, místico, escritor y activista social. Destacaba que Tomás Merton era uno de aquellos que salieron de la contemplación para intervenir en la política actual, contra la guerra. Recordaba que cuando los monjes de *Gethsemani, Ky* le dijeron que lo que hacía era consecuencia de una reacción psicósomática y que entonces tenía que salir de la Trapa, sollozando llegó hasta lo de Merton para descargar su alma. Merton le dijo: “Está muy bueno porque yo también quiero salir. Es una cosa anticuada la vida medieval que tenemos. Cuando yo salga tú vas a venir conmigo para lo que vamos a fundar.” Pero a Merton no le permitieron salir. “Él me había advertido,” decía, “que si no lo dejaban salir, a mí me tocaba hacer eso, que fue lo que sucedió y entonces tuve que hacer la fundación que él me aconsejaba.” Así, en 1966 y con aval del Vaticano, Cardenal fundó en Solentiname una comunidad de la orden trapense para enseñar a los campesinos a leer, escribir y estudiar con ellos la Biblia, en diálogos abiertos, que fueron recogidos luego en su obra *El Evangelio de Solentiname*. Decía Cardenal: “Se transformó mucho el lugar con lo que hicimos con la poesía, el arte”. En esa isla Mancarrón del archipiélago de Solentiname restan ahora sus cenizas entre sus “hijos espirituales”.

Leyendo el prólogo de la *Antología de la poesía norteamericana* que escribió, cuya selección y traducción hizo con José Coronel Urtrecho, me sorprendió su aprecio por la poesía estadounidense. Allí escribe: “me parece que tiene mucha razón el poeta y crítico norteamericano Selden Rodman cuando dice que la poesía norteamericana es la única poesía del mundo dedicada a cantar la democracia. Y podría haber dicho también que es una poesía preocupada casi toda ella por la justicia social, aunque tal vez las dos cosas puedan ser lo mismo”. Me hablaba de Walt Whitman y de los lazos, las coincidencias entre los poetas norteamericanos y los poetas hispanoamericanos a lo largo de la historia y en estos momentos. Es curioso que su acervo —compuesto de cartas, manuscritos y fotografías— lo haya concedido a la Universidad de Texas en Austin (UT) y esté albergado en la colección LLILAS Benson, a pesar de su expresa adversidad por la socio-política “yanqui”.

Cuando coincidimos en una cena en Managua con Sergio Ramírez, Vidaluz Menesses y otros escritores, presencié su diálogo con la siempre dulce Claribel Alegría sobre los talleres literarios que daban a niños con leucemia y otras enfermedades, una vez por semana. Al interesarme por los detalles de este proyecto tan especial, me contó que, durante una de sus estancias en Italia, en una ciudad cercana a Milán, llegó a verlo el doctor Masera, Giuseppe Masera, uno de los fundadores, junto con Fernando Silva, del Hospital La Mascota, quien regularmente venía cada año a Nicaragua trayendo ayuda para los niños del Hospital Infantil. Masera le comentó que a los niños enfermos de leucemia se les desarrollaba un gran talento descriptivo y narrativo y una especial sensibilidad para la poesía, que él debía de experimentar. Seguramente, Masera ya sabía de los talleres de poesía que Ernesto había promovido, y por ello le sugirió organizar un taller de poesía con esos niños, un proyecto piloto para que se repitiera en otros hospitales infantiles. Desde luego, Cardenal no podía negarse a eso y le confirmó que iba a intentarlo, y así lo hizo con Fernando Silva y Julio Valle Castillo, quienes después no regresaron al taller: Julio Valle porque se impresionó mucho con los niños enfermos y se puso a llorar, y Silva por su edad. Pero Claribel fue con él siempre, igual que Daisy Zamora. “Felices lo hicimos, porque desde el primer taller que tuvieron ya hubo algunos poemas interesantes, y después había algunos poemas realmente maravillosos, deslumbrantes, que cualquier adulto podría envidiar.”

Cardenal obtuvo numerosos premios, entre ellos, el Premio de la Paz del Comercio Librero Alemán (1980), el Premio Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda (2009), el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana (2012), el Premio Internacional Pedro Henríquez Ureña (2014), la Orden de la Independencia Cultural Rubén Darío, el Premio Mario Benedetti. Quise saber de su propia boca qué significan para el poeta y escritor estos premios literarios. Al recibir el Premio Reina Sofía declaró estar “sorprendido”, “feliz” y “agradado” de ganar “un premio muy importante”. El premio Mario Benedetti se lo dedicó al pueblo nicaragüense y al joven Álvaro Conrado, asesinado en una de las protestas contra el gobierno de Ortega. Al recibir el Premio Neruda comentó que “la literatura debe prestar un servicio. Debe estar –como todo lo demás en el universo– al servicio del hombre. Por lo mismo, la poesía también debe ser política. Aunque no propaganda política, sino poesía política”.



Primer Festival Internacional de Poesía de Granada (Nicaragua, 2005)
© Luis Alberto Ambroggio

Recuerdo, como si fuese hoy, cuando celebramos sus ochenta años en el I Festival de Granada y la dedicación de su escultura en la Plaza de los Poetas. La felicidad de esta foto lo revela. No pude evitar una sonrisa al recordar su poema sobre la estatua de Somoza: “*Somoza desveliza la estatua de Somoza en el estadio Somoza*”:

No es que yo crea que el pueblo me erigió esta estatua
porque yo sé mejor que vosotros que la ordené yo mismo.
Ni tampoco que pretenda pasar con ella a la posteridad
porque yo sé que el pueblo la derribará un día
Ni que haya querido erigirme a mí mismo en vida
el monumento que muerto no me erigiréis vosotros:
sino que erigí esta estatua porque sé que la odiáis.

Curiosamente, unos meses después, en noviembre, Ernesto Cardenal, miembro numerario de la Academia Nicaragüense de la Lengua, iría a Rosario (ciudad donde cursé mi secundaria), para participar en el III Congreso Internacional de la Lengua Española, organizado por la RAE y el Instituto Cervantes. Alicia Sardinias documenta este acontecimiento en su crónica del diario *La Capital*, y citando a Rodolfo Hachen, escribe que Cardenal “dio una charla maravillosa sobre la poesía indígena latinoamericana y la dinámica de cambio de las lenguas”, defendiendo el plurilingüismo y leyendo poemas en varios eventos.

En el VIII Festival Internacional de Granada, una verdadera fiesta popular de la poesía y de la vida poética que festejamos juntos, se anunció que el Festival del año siguiente se dedicaría a honrar al poeta Ernesto Cardenal. Siempre me pregunté cómo hubiera querido Ernesto Cardenal que se lo recuerde, y cuál fuese su legado para Nicaragua y el mundo. Hoy reflexiono que Ernesto sigue siendo uno de los mejores ejemplos del poeta como “confabulador” (uno de esos que echó Platón de la República), por que los totalitarismos no saben muy bien qué hacer con la poesía. Es bueno que festejen así su vida y obra de poeta, de polarizante en el mejor de los sentidos, por la paradoja de sus posturas sinceras, sin compromisos, de santo y rebelde, fiel siempre a su vivencia religiosa. Me hubiese gustado que dedicasen el Festival a celebrar a ese Ernesto Cardenal, que en palabras de Francisco Javier Sancho Mas, es quien mejor encarna “las dos naturalezas de san Juan de la Cruz: la de poeta, y la de religioso y místico. Pero

también la del enamorado, la del sensual, y la del perseguido político-religioso. La vertiente mística de Cardenal, mucho menos investigada que la de su compromiso religioso y revolucionario, resulta tan excitante e intensa como las imágenes de un encuentro erótico con Dios.” De ahí que ante la pregunta del periodista Antonio Lucas, “¿de qué le salvó la poesía?” Cardenal respondiera: “de la desesperanza”, porque vivía en la urgencia de la ilusión y, como constantemente lo repetía, necesitaba aferrarse a la certeza de que un mundo mejor era posible, en su apocalipsis benigno.

En fin, concluyo este diálogo de almas mantenido por décadas con Ernesto Cardenal, y todavía inconcluso, con su respuesta a la pregunta de Paul Borgeson sobre qué había querido decir, en última instancia, con su obra poética: “He querido decir que el mundo es bueno, que la vida tiene su sentido, que América tiene un tesoro en sus culturas y sus razas indígenas y que la revolución es nuestro futuro; he condenado las opresiones de los hombres y he afirmado que después de la muerte no se ha acabado la vida y que —como ha dicho Coronel— la revolución no termina con la muerte.”

Gracias, Poeta, Padre Ernesto Cardenal, mi muy querido y apreciado Ernesto, símbolo de la encarnación de los grandes ideales de aquellos que vivimos ilusamente enamorados en la belleza imperfecta de nuestra historia, y que seguimos luchamos con el arma de la palabra por un mundo mejor.



*La imagen evoca la lectura de Daisy Zamora a Ernesto Cardenal de su poema
"50 versos de amor y una confesión...", el 20 de enero de 1985,
que él me lo agradece emocionado.*